

Todo fue porque Chano, el que de noche viaja entre Harlem y el aeropuerto llevando y trayendo pasajeros, había estado columpiándose en una de las sillas de la barbería y el dueño le llamó la atención. A los insultos que Chano le dirigió, el barbero respondió entonces con el silencio y el gesto de “las palabras se las lleva el viento”.

Y no hubo más...

El barbero salió a las cuatro a cortar el pelo del paralítico en el edificio de enfrente y Chano le cortó el paso para gritarle más barbaridades y asestarle dos golpes con el foete cesapleitos que guardaba en el automóvil. La navaja (¿la sacó el barbero o acaso los golpes aflojaron sus músculos, deshaciéndole el envoltorio en la mano? ) dibujó una equis a lo largo del pecho y la barriga de Chano. Y en ese mismo trazo siguió haciendo juisjuás, juisjuás...

...Hasta que le quitaron al desmadejado Chano.